

La película de un poeta

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El cine, como gusta decir Cocteau, es algo así como una tinta en la que el artista moja su pluma, su instrumento de expresión. La metáfora permite desarrollar la hipótesis de que hay un cine-poesía, un cine-ensayo, un cine-novela y hasta un cine-plástica, y que, por ende, resulta muy difícil, si no imposible, determinar con precisión definitoria qué es la cinematografía. La variedad, no ya del lenguaje de cada director —que es cosa lógica—, sino del modo de expresión, de los caracteres esenciales del "film", demuestra que, en principio, existe una diversa manera de evocar la existencia, un inclusive contradictorio sistema de comunicar ideas y sentimientos por medio de las imágenes luminosas de la pantalla. Claro que se trata de un arte novísimo, flamante, y que por tal motivo puede decirse que se halla en su pre-historia, pero también es cierto que su progreso ha tenido una celeridad que no se ha dado antes en la historia. Es probable, teniendo en cuenta aquello, que todavía los cineastas estén tanteando, experimentando, buscando la verdadera esencia del cine. Es curioso observar que en el séptimo arte los estilos se agotan pronto, los hallazgos se vuelven rápidamente clisés y fórmulas huecas, al punto de que en pocos años se producen, "nuevas olas" de creadores que son "nuevas olas" de estilos.

Aquí tenemos ahora, en el vórtice de la polémica —del descontento y el aplauso conmovido—, a Alain Resnais y su "Hiroshima, mi amor". Resnais es, antes que nada, poeta. Ha elegido un libreto poético, lírico, y ha hecho imágenes de las palabras que contenía, pero imágenes simbólicas, que convienen a la ilustración de un poema. En el cine —como dice Julián Marías— las palabras potencian la imagen, pero eso en el cine tradicional, o en el cine teórico. En la práctica el joven director francés nos ha dado con esta debatida película una prueba de que la palabra y la imagen pueden formar una unidad cabal, un ente expresivo nuevo. "Hiroshima, mi amor" no sería nada sin el texto. La modalidad exige que el texto al cual se aplica emplee mecanismos de la poesía: los tropos, las reiteraciones, los encabalgamientos, las recurrencias, etc. La fotografía deja, entonces, de ser documento o historia (pese a las referencias a un acontecimiento actual como la amenaza atómica y su relación la paz), para transformarse en emoción pura, en eco íntimo y desgarrador que experimenta el espectador. Aquí los hechos no son siervos de una anécdota y tampoco los diálogos —y los monólogos— están subordinados a los sucesos. Hay una equivalencia en la composición del "film" en esos sus dos grandes planos.

Después de todo, el sueño de todo poeta es producir el mismo estrago espiritual que "Hiroshima, mi amor" produce en los espectadores sensibles, en aquellos que no van al cine —son pocos, pero son— a pasar el rato, o a matar el tiempo, o a divertirse, sino a poseer una verdad y a ganarla para sí y para su conciencia de personas, de almas plenas de interrogantes. Es decir, con la misma disposición con la que se toma un libro, con la que se ve un cuadro, con la que se escucha una melodía. Resnais es en el cine poeta, como otros son ensayistas, novelistas (de vario género, desde el policial hasta el psicológico), pintores, etc. Tal vez, como en el caso habitual, de los grandes poetas, el reconocimiento masivo a su talento y a su calidad singular venga más tarde. En tanto, quienes hemos gozado de esta bella película en la que no sucede otra cosa que el amor (¿y qué más pedir?) lo tendremos como un excelente creador de mitos, o sea, como una voz que ha sabido celebrar el grave destino del hombre en la vida.